

La ciudad de Medellín: entre nostalgia y exaltación de Sofía Ospina a Fernando Vallejo

Luisa Ballesteros
Université de Cergy-Pontoise
luisa.ballesteros@free.fr

Citation recommandée : Ballesteros, Luisa. "La ciudad de Medellín: entre nostalgia y exaltación de Sofía Ospina a Fernando Vallejo". *Les Ateliers du SAL* 8 (2016) : 51-61.

La ciudad es un tema recurrente en la literatura colombiana y al referirse a Medellín los escritores han sabido aliar en sus obras tradición y modernidad así como una fuerte crítica sociopolítica. La literatura costumbrista ya se refería tanto a la riqueza de su cultura y su buen ambiente, como a esos contrastes que Sofía Ospina y Tomás Carrasquilla señalaban en las primeras décadas del siglo XX, y que los escritores de las generaciones siguientes no desmienten. Jaime Sanín Echeverri, Manuel Mejía Vallejo, Reinaldo Spitaletta, Héctor Abad Faciolince, Fernando Vallejo y Jorge Franco, entre otros, hacen un juicio crítico a la segunda ciudad colombiana, con sus riquezas, belleza y buen vivir, sus barrios característicos y lugares de diversión, pero también de sus desigualdades sociales.

Tradicición y modernidad

Cronista de la vida cotidiana, Sofía Ospina (1893-1974) encarna la ciudad de Medellín por su señorío y buen vivir, y su interés por diversos temas. En sus artículos, crónicas y ensayos publicados en los periódicos *El Colombiano* y *El Espectador*, da una imagen genuina de su ciudad, anclada en sus tradiciones pero con los ojos puestos en la modernidad. En sus libros *Cuentos y crónicas* (1926) y *La abuela cuenta* (1964), la autora muestra su preocupación por grabar la memoria de las tradiciones y costumbres, y una historia de la vida social de Medellín del siglo XX, así como una crónica de los cambios que han transformado a la sociedad antioqueña.

Sofía Ospina fue sensible a los primeros asomos de lucha por los derechos de las mujeres y, siguiendo la línea trazada por Josefa Acevedo de Gómez y Soledad Acosta de Samper, se preocupa por la buena marcha de la familia y la vida doméstica, como pilares de la nación colombiana, para lo cual aporta a las mujeres consejos y normas de urbanidad y comportamiento en sociedad, recogidas en sus libros *La buena mesa* (1942), *La cartilla del hogar* (1942) y *Don de gentes: compromisos de la cultura social* (1958).

Como personalidad pública, Sofía Ospina fue la primera mujer concejal de Antioquia, cofundadora de la Asociación universitaria Audea en 1948, ayudó a muchos jóvenes, sobre todo mujeres, a educarse. Con su amigo Tomás Carrasquilla y otros escritores fundó la Tertulia Literaria de Medellín, que motivó a los escritores jóvenes a crear y a publicar sus obras. Comentó algunas obras de sus colegas y dictó conferencias en el Teatro Colón de Bogotá. Todas estas actividades fueron altamente distinguidas con la

Estrella de Antioquia y la Gran Cruz de Boyacá, y fue nombrada en 1961 Matrona Emblemática de Antioquia.

Su visión de la ciudad surge del interior del hogar, concentrada en su posición de mujer de la clase privilegiada, y cercana al poder. Pues es nieta del expresidente de Colombia, Mariano Ospina Rodríguez (1857-1861), fundador del partido Conservador; sobrina del expresidente, general Pedro Nel Ospina (1922-1926), y hermana del expresidente, Mariano Ospina Pérez (1946-1950). Su padre, Tulio Ospina Vásquez, ingeniero de minas, fundó la Escuela Normal de Minas en 1895, y fue nombrado rector de la Universidad de Antioquia en 1904.

Si tres hombres de su familia fueron presidentes de la República, doña Sofía gobernaba en su casa, y desde la cama donde permanecía -a la manera de la Condesa de Noailles- hasta pasado el mediodía, dando órdenes y escribiendo notas en papelitos ordinarios. Esa pereza aparente no le impedía observar y reflexionar sobre lo que pasaba en Medellín, en Colombia y en el mundo, con un sentido crítico, aunque añorando otros tiempos pasados de vida señorial, que ella reproduce en sus crónicas, cuentos, y obras de teatro (*Ascendiendo, Un luto pasajero, La familia Morales y Una junta benéfica*) escritas entre 1930 y 1940, que se desarrollan todas en Medellín y son presentadas con frecuencia en los teatros de Bogotá, Medellín y Manizales.

Según su contemporáneo Tomás Carrasquilla, Sofía Ospina impuso un estilo que se caracterizó por un peculiar don de observación, sutileza y agilidad para tratar personajes. En efecto, en su crónica *Reminiscencia de salón*, la escritora de Medellín presenta al presidente de la república, el general Rafael Reyes, con su "arrogante figura, semejante a la de un general francés". Lo compara con otro presidente que visitó también a Medellín, diciendo que si "los altivos mostachos de Reyes daban a su rostro la expresión de un mandatario elegante y refinado, la cuidada barba negra de González Valencia no dejó que desear a los curiosos".

Sofía Ospina recoge la memoria de Medellín en sus cuentos y crónicas, desde los juegos infantiles, la moda, el matrimonio, la mujer en el hogar y los primeros asomos de feminismo, hasta ciertos personajes típicos de Medellín, dolencias y medicinas, fiestas religiosas y carnavales, e incluso historias de la quebrada de Santa Elena que atraviesa a la ciudad. Describe ambientes con cierta burla discreta, y se presenta como una fiel traductora de las costumbres sociales del pueblo antioqueño, como el baile ofrecido al presidente, al que asistió y se sorprendió ella misma:

Al verme aquella noche, vestida de largo y en la lujosa mansión de la familia de Villa, alumbrada por espermas colocadas en arañas y candelabros de cristal de bacarat, y donde se cumplían reglas de protocolo para mí desconocidas, me parecía estar asistiendo a una fiesta de corte (120).

Tradicción y modernidad son los pilares del Medellín descrito magistralmente por Sofía Ospina. En cada uno de los 28 cuentos incluidos en la colección *Cuentos y crónicas* (1926), el tema principal es la modernización de Medellín, haciendo un retrato de la sociedad tradicional en transición. En su crónica *El noviazgo y el matrimonio* recuerda su ambición juvenil,

Cuando en el año 1920 encontré en un órgano periodístico la noticia de que la Sociedad de Mejoras Públicas abría un concurso literario femenino, caí en la tentación de tomar la pluma para escribir mi primer cuento." que ganó un premio. "Pero que los lectores atribuyeron a mi padre... La desconfianza era tan natural que no alcanzó a ofenderme. Pero sí me inició a la reincidencia; y tal vez a continuar con el vicio de confiarle al papel mis impresiones. Olvidándome que vivía en una época de prejuicios. Y de que la mujer que escribía para el público y ocupaba la silla del conferenciante, *ponía en entredicho su feminidad y perdía simpatía en el sexo contrario* (38).

La galería de personajes traduce el conjunto de la sociedad antioqueña desde los más humildes, como la familia pobre de "Ilusiones", hasta las dinastías acaudaladas. El matrimonio como institución es explorado desde diversas perspectivas, con sus condiciones y alianzas forjadas por las familias de la comunidad. Critica el materialismo antioqueño y el enajenamiento del sufragio femenino (otorgado en 1954) por los intereses y la voluntad política del marido; las vidas de las mujeres, sus posibilidades y sus comportamientos en las diversas etapas de la vida.

Los cuentos crean cuadros vivos de las mujeres de Medellín, jóvenes o viejas, en sus actividades sociales, como tés bailables, misas tradicionales, cenas formales, rivalidades románticas, charlas amenas por los nuevos teléfonos y problemas con los sirvientes, que ya tienen la opción de trabajar en fábricas. Critica la obsesión de la mujer por las apariencias físicas y materiales, sometidas a las modas recién llegadas de Europa. En el cuento "En sociedad", expone con humor las diferentes situaciones de las mujeres reunidas, en las que contrasta, según la edad y la generación, gustos, objetivos y posibilidades. En las mayores predomina la nostalgia del pasado, incluso del antiguo "chocolate de las tres y media de la tarde". En cambio, en "La línea" satiriza la obsesión entre las jóvenes por su apariencia física, y propone

una receta de "la dieta de la manzana", (Ospina 122) para adelgazar, para describir después el impacto positivo en la talla pero negativo en el cambio de carácter y actitud de las mujeres.

En el libro *La abuela cuenta*, Sofía Ospina incluye 26 ensayos que son a la vez recuerdos y análisis de un pueblo en transición, un verdadero compendio de tradiciones y costumbres sociales, como celebraciones, fiestas, prácticas religiosas y domésticas, sociedad familiar antioqueña, colombiana y universal. En sus libros *La buena mesa* y *La Cartilla del hogar*, sobresalen con frecuencia referencias francesas, en las vajillas y productos lujosos, los vasos de cristal, que llegan de Europa, la elección de los vinos según los platos que se sirven a la mesa, en lo que la autora parece tener gran conocimiento. No se sabe hasta qué punto sus libros fueron leídos en el resto de Colombia, o fuera del país, pero se sabe que tuvieron gran éxito, pues gran parte de sus recetas son tradicionales, pero hay también muchas recogidas de todas partes del mundo. O sea que también en la mesa la escritora medellinense muestra la actitud de su ciudad atada a las tradiciones pero abierta a la modernidad y a lo universal.

La ciudad de Medellín es también importante en la obra de escritores, como Tomás Carrasquilla (Santo Domingo, 1858 – Medellín, 1940) quien centra particularmente el relato de su cuento "Vagabundos" (1914) en un mendigo de 35 años, proveniente de una familia pudiente, que deambula por las calles de Medellín en busca de un amigo, y en su búsqueda nos presenta a la ciudad de su época con los barrios populares llenos de artesanos y bares concurridos por los estudiantes para desenguayabarse con chicha:

Ramón está tan nervioso con el trasnocho, que el estruendo se le hace insoportable. Se agacha, y, a falta de varita, traza con un tacón espirales en la arena. ¿Qué dicen esos signos serpentinos? No se aguanta. ¿Por qué haberle dado por el centro, a él que vagaba, tiempo hacía, por los extremos? Con ese traje, ¿Cómo atreverse por entre tanta gente endomingada? Acaso en "La República", tal vez en "La Bandera Roja", pudiera... ¡Allá de todos modos! Con las manos atrás, en estudiada absorción, encaminase a esas cantinas (*Obras escogidas* 67).

Entre idealización y realidad, el escritor Jaime Sanin Echeverri (Rionegro, 1922) presenta con orgullo, en su novela *Una mujer de 4 en conducta* (1930), la belleza de Medellín, que comienza con la celebración modesta del año viejo 1930 de varias familias en la vereda de Santa Helena. Se nota cierta desconfianza hacia el desarrollo de la ciudad y la modernidad, por las desigualdades

sociales que se desarrollan al mismo tiempo. Medellín vive en ese momento las consecuencias de la crisis mundial de 1929, y se percibe en la novela la preocupación de la clase media. A través del diálogo de los protagonistas, el Doctor García y Helena Restrepo, una campesina pobre, que prueba suerte en la ciudad, el autor hace el elogio de la catedral de Villanueva, principal templo de la Arquidiócesis de Medellín y sede del Arzobispado, que para algunos es la iglesia más grande del mundo, construida en barro cocido. Pero se percibe también en medio de ese diálogo una crítica social sobre los prejuicios y diferencias, entre los privilegiados y los pobres, y entre los habitantes del campo y los de la ciudad:

—Y a usted señorita Helena, le gustó Medellín? —dije con sincera cortesía. —A mí me encanta Medellín, doctor. Conozco todo el centro. Aquí me paso los días y las noches viendo esa extensión de la ciudad y pensando en todas las maravillas que hay en ella: la catedral y tantísimas iglesias, las fábricas tan admiradas, los colegios y la universidad, los parques y las avenidas, esos edificios tan altos y esas casas primorosas... ¡Qué dicha tener plata y poder vivir en Medellín! Lo malo es que a los medellinenses les debemos dar mucha risa las montañas (55).

El legado de Carlos Gardel

Autor de *Al pie de la ciudad* (1958), Manuel Mejía Vallejo (Jericó, 1923) describe, en *Aire de tango* (1973), las zonas arrabaleras de Medellín, y la vida nocturna del antiguo barrio Guayaquil, a través de Jairo, el protagonista, como el más famoso de Medellín desde finales del siglo XIX hasta 1920, por su modernidad y su comercio. Pero sobre todo por la popularidad de sus cafés, bares y cantinas, donde se divierten los antioqueños de todas las clases sociales, y el tango, la milonga, la ranchera y los corridos se oyen por todas partes, en ese mundo de música, de homosexuales y de enganche. También se detiene en lugares como la estación de San Lorenzo, los talleres mecánicos, y la plaza de mercado:

¿No conocían este Guayaquil? Así se llama el barrio porque fue pantanero de zancudos, rumbaban las fiebres como en un tiempo esa ciudad de Los Ecuadores. Letrao, ¿no? Aquí estuvo Gardel, vino el Circo España, después tumbaron el circo. A Gardel lo trajo el Negro Marroquín Mora, el de Margarita Gotié. (89)

Reinaldo Spitaletta (hace también la crónica del Medellín de Gardel, particularmente en "La 45, las palomas sí quieren al che Gardel" (1990), de *Las plumas de Gardel y otras tanguerías*. Con este libro, el autor hace un homenaje al cantor de tango

argentino por los ochenta años de su muerte en Medellín. La estatua de Gardel que, según Spitaletta, es la más fea del mundo, se encuentra justamente en el corazón del barrio Manrique de Medellín, en la carrera 45, y "*Sobre ella, un farolito nostálgico recuerda alguna canción inmortalizada por el Zorzal Criollo*. "En la carrera 45 se encuentra también un establecimiento que se llama *Plumas de Gardel* y otros lugares de tango, de donde Spitaletta sacó el título del libro. El autor hace un recorrido lleno de nostalgia y fantasía por los lugares que Gardel frecuentó, evocándolos personajes vinculados con él y recogiendo testimonios sobre los pormenores de su paso trágico, su desaparición e incluso sobre la identificación de su cadáver, que despierta dudas, haciendo de él un mito.

El Medellín tenebroso

En *Rosario Tijeras* (1999), Medellín, permeada por el narcotráfico y el terrorismo, es para Jorge Franco (Medellín, 1962): "como esas matronas de antaño, llena de hijos, rezandera, piadosa y posesiva, pero también es madre seductora, puta, exuberante y fulgurosa" (11). En esta obra a la vez terrible y seductora, el autor hace un recorrido por la riqueza y la miseria y establece el contraste de todas las clases sociales de Medellín. Convertida en una asesina, Rosario Tijeras conoce al narrador de la historia, quien en varias ocasiones la acompaña a los barrios populares de las laderas de los dos lados del norte de la ciudad. Su último libro, *El mundo de afuera* (2014), premio Alfaguara, transcurre también en Medellín, en un castillo de la periferia que se divisa desde la ciudad. Un museo y sus fantasmas, del que Franco cuenta la historia que lo venía intrigando desde su niñez, especialmente de un hecho ocurrido en 1972, y que no podía pasar desapercibido para él porque quedaba cerca de su casa. Se trata del secuestro del dueño del castillo, Diego Echevarría, una persona distinguida de Antioquia, casado con una alemana cuya complicidad parte de su gusto común por la ópera. La obra suscitó controversias sobre el tratamiento de algunos personajes reales, cuya vida íntima el novelista debe completar con la ficción. Pero la trama se desarrolla a través de la mirada de un niño vecino del castillo que iba a jugar con sus amigos, y observaba a una niña, la hija de Echevarría, que jugaba con conejitos con cuernos. Según Jorge Franco, en *El mundo de afuera*:

Medellín, el tiempo viene envuelto en una neblina, y las voces parecen silbidos que se pierden entre las ramas. Una especie de castillo se atisba en las frondosas afueras y de una puerta sale corriendo una niña

rubia. Unos ojos miran cautivados esa presencia insólita y la niña se pierde en el bosque (99).

En *El olvido que seremos* (2006), Héctor Abad Faciolince (Medellín, 1958) trata de otra violencia. Medellín es el escenario de la muerte de su padre, el doctor Héctor Abad Gómez, fundador de la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Antioquia, asesinado por sus denuncias en contra de grupos paramilitares. La reconstrucción de su vida en la novela es como un referente para los familiares de las víctimas del conflicto armado colombiano. Dice: "La idea más insoportable de mi infancia era imaginar que mi papá se pudiera morir, y por eso yo había resuelto tirarme al río Medellín si él llegaba a morirse..."(48).

Pero el escritor que hace en sus obras el retrato completo de Medellín es Fernando Vallejo (Medellín, 1942). Proyecta, en *Los días azules* (1985), una mirada crítica sobre la ciudad, concentrándose sobre su infancia en el barrio Boston, con intervalos en la finca de sus abuelos en Santa Anita, en las inmediaciones de Envigado que:

tenía una iglesia blanca, de torres redondas. Era un pueblo de cantinas, de borrachos, de serenatas. Con palomares y palomas. El que matara una con el carro pagaba cinco pesos, o cinco días de cárcel por orden del alcalde. Cosa que a papi le tenía sin cuidado, "porque el alcalde de este pueblo es conservador" y bajando de tumbo en tumbo, de bache en bache, enrumbábamos hacia Sabaneta (148).

Los días azules es la primera de un ciclo de 6 novelas autobiográficas, *El río del tiempo*, con *El fuego secreto* (1987), *Los caminos a Roma* (1988), *Años de indulgencia* (1989) y *Entre fantasmas* (1993), en la que el autor deja entrever una Medellín previa a la desenfrenada urbanización de la segunda mitad del siglo XX, cuando Envigado y Sabaneta eran pueblos a las afueras de la ciudad que, al agrandarse, los integraría. Era también anterior a las oleadas del narcotráfico.

Esta novela de Vallejo funciona al mismo tiempo, como una radiografía cruda y demoledora de las creencias y costumbres de la sociedad colombiana. Crítica que él va a ampliar en sus obras siguientes. En *El fuego secreto* de la misma serie, trata de los barrios bajos de Medellín y Bogotá, por los que transita en su adolescencia, cuando descubre la droga y su homosexualidad, en calles y cantinas. Al final de este libro dice: "Lo último que vi fue el parque, y en el parque, en llamas, el Libertador, la estatua..." Pero en *Entre fantasmas*, el último libro de la serie, Vallejo sueña regresar a morir en Medellín, exactamente en el mismo lugar

donde nació como un acto de comprobar su no existencia: "Ahí en la calle en pendiente del Perú entre Ribón y Portocarrero, a mitad de la cuadra, a la derecha subiendo, en el primer cuarto de esa casa con tres ventanas de rejas blancas yo nací."

Pero es el Medellín de la novela *La virgen de los sicarios* (1994), llevada al cine por Barbet Schroeder, que conmueve por mostrar a través del protagonista Fernando, un intelectual, la violencia de la época del cartel de la droga y sus crímenes impunes.

Los personajes de la novela son el retrato de la nueva sociedad que aparece con el narcotráfico y la debilidad del Estado. Se siente desde el comienzo el aire rarificado de la inseguridad, de balas perdidas que pueden alcanzar a cualquiera, poniendo a prueba los nervios de los medellinenses, a pesar de la exactitud alcanzada por muchachos de las barriadas, "los sicarios", un término inventado por los carteles mafiosos para determinar un nuevo "oficio para los pobres".

Es así que lo perciben estos muchachos, con cara de buenos, que no tienen la mínima noción de estar haciendo algo malo. Son incluso devotos a la virgen que los ayuda a llevar a bien su "trabajo". Un empleo, por cierto, mal pagado por los capos y por los políticos que encontraron también atractivo el sistema para suprimir a sus opositores. Una nueva explotación para los pobres, porque también se juegan la vida de ellos mismos y de sus familias, aunque para esos niños el uso de las armas parece un juego, por lo general terminan asesinados también. Y al mismo tiempo la ciudad sigue galopando. Fernando encuentra a Medellín cambiado, como un monstruo que devora todo a su alrededor. Vuelve a Sabaneta que:

había dejado de ser un pueblo y se había convertido en un barrio más de Medellín, la ciudad la había alcanzado, se la había tragado; y Colombia, entre tanto, se nos había ido de las manos. Éramos, y de lejos, el país más criminal de la tierra, y Medellín la capital del odio. Pero esas cosas no se dicen, se saben. Con perdón (199).

El autor sitúa su obra en la tradición contestataria antioqueña, iconoclasta y rebelde de Barba Jacob de quien escribió la biografía. En *La virgen de los sicarios*, Vallejo transita entre la nostalgia y la exaltación crítica de la evolución de Medellín y su violencia. Así, entre un realismo que va sin tanto esfuerzo del mágico al maravilloso, el protagonista, o sea él, pasa a propósito por el barrio Versalles, para comprar "esos pastelitos de 'gloria' que hacía mi abuela y que no se comen ni en la misma Viena"; o cuando vuelve al barrio Manrique y se exclama: "Ay Manrique, barriecito viejo, barriecito amado. Se puede decir que ni te

conocí. Desde abajo, desde mi niñez te veía" (187). Pero se encuentra también con acontecimientos, como cuando, en el parque de Boston, se le aparece un antiguo amigo que él creía muerto y le anuncia una muerte extraña, de alguien a quien acaban de matar por segunda vez en el mismo lugar, a treinta años de intervalo. Y sin embargo se dirige al velorio que tiene lugar efectivamente en el barrio Manrique, "donde empieza el infierno", pues está en la frontera donde comienzan las comunas, con la certeza preocupante de que "aquí lo pueden matar a uno dos veces".

En la pluma de Vallejo, las lluvias de Medellín giran, en el relato, hacia lo real maravilloso:

El río Medellín se desbordó, y con él sus ciento ochenta quebradas. La unas, las subterráneas, que habíamos metido en cintura en atanores bajo las calles, entubándolas a costa de tanto sudor y peculado, se abrían iracundas sus camisas de fuerza, rompían el pavimento y frenéticas, maniáticas, lunáticas, se salían como locas descamisadas a arrastrar carros y a hacer estragos (232).

Su prosa vigorosa y áspera, sin límites de géneros, pues comprende autobiografía, novela, memorias y diario, es original e independiente. Siempre escribe a la primera persona del singular porque: "Yo resolví hablar en nombre propio porque no me puedo meter en las mentes ajenas, al no haberse inventado todavía el lector de pensamientos".

Esa Medellín de contrastes, inspiradora de amor y de odio, de placer y de desasosiego, en la pluma de sus escritores, es a fin de cuentas el microcosmos de Colombia, que avanza con dificultad, los pies enredados en los arbustos de su historia. Pero el dinamismo de Medellín con sus tres y medio millones de habitantes, jóvenes en su mayoría, no renunciará por las buenas a sus sueños y seguirá la tradición de sus mayores porque, como Fernando Botero o Pablo Escobar, para bien o para mal, los antioqueños son capaces de convertir sus sueños en realidad.

Bibliografía

- Berg, Mary G. "Sofía Ospina de Navarro, la voz de la abuela que cuenta". *Literatura y diferencia, Escritoras colombianas del siglo XX*. Medellín: Ediciones Uniandes, Editorial Universidad de Antioquia, 1995, vol. I, pp.56-75.
- Carrasquilla, Tomás. *Obras escogidas*, (ed. de Elisa Bernal Villegas). Medellín: Edición Universidad de Antioquia, 2008.
- Franco, Jorge. *Rosario Tijeras*. Bogotá, Plaza & Janés 1999.
- _____. *El mundo de afuera*. Bogotá: Alfaguara, 2014.
- Grajales, Daniel. "El mundo de afuera, más allá de las polémicas". *El Espectador*, 15 de mayo de 2014.
- Mejía Vallejo, Manuel. *Al pie de la ciudad*. Buenos Aires: Losada, 1958.
- _____. *Aire de Tango*. Medellín: Ed. Bedout, 1973.
- Ospina, Sofía. *Cuentos y crónicas*. Prólogo de Tomás Carrasquilla. Medellín: Tipografía industrial, 1926.
- _____. *Crónicas*. Medellín: Susaeta, 1983.
- _____. *La cartilla del hogar*. Medellín: Editorial Granamérica, 1972.
- _____. *La abuela cuenta*. Medellín: Ediciones La tertulia, Editorial Granamérica, 1964.
- _____. *Don de gentes. Comprimidos de cultura social*. Medellín: Granamérica, 1969.
- _____. *La buena mesa, sencillo y práctico libro de cocina*. Medellín: Promotora de Ediciones y Comunicaciones Ltda., 1982.
- Spitaletta, Reinaldo. *Las plumas de Gardel y otras tanguerías*, Medellín: Entre Líneas, Alcaldía de Medellín, 1990.
- Vallejo, Fernando. *La virgen de los sicarios*. Bogotá: Alfaguara, 1994.
- _____. *Los días azules*. Bogotá: Alfaguara, 2012.